



DE LA NEUROCIENCIA A LA NEUROÉTICA.

Dr. Rolando Rogés Machado.

Doctor en Medicina y Cirugía.

Especialista en Cardiología.

Máster en Bioética y Desarrollo Social.



Resumen.

El desarrollo de la Neurociencia se ha evidenciado a través de la investigación en Medicina desde finales del pasado siglo, pero su desarrollo en la primera década del nuevo milenio, ha rebasado las ciencias de la Investigación médico-biológica para invadir los terrenos, hasta ahora independientes, de la Ética, la Moral, la Bioética; inicialmente limitada a efectos de drogas y procederes, ahora alcanza desde la Teología hasta el Deporte y cuestiona conceptos como el Libre Albedrío y la Voluntad. Es necesario reflexionar desde la persona humana sobre el alcance de una entusiasta, pero no analítica adherencia a estos conceptos emergentes.

Reflexión Inicial.

Cuando Shakespeare, por boca de un personaje nos dice "...sueño que a veces cierras los ojos de la pena, haz que abandone un rato mi propia compañía...", nos hace pensar, quizá sin pretender provocar una reflexión, en la conciencia, la autoconciencia, el pensamiento en primera persona y en el "yo", la mente, y el cerebro. Damasio identifica al sí

mismo como sujeto con el "yo" y al sí mismo como objeto con el "mí mismo"; curioso que la neurociencia acuda en ayuda de la poesía.

La expresión literaria anticipa el concepto de un sí mismo como sujeto, a quien puedo llamar el "yo", y un sí mismo como objeto a quien puedo llamar el mí mismo. Con taxonómica precisión angloparlante Henry James, a finales del siglo XIX, nos habla del "self" que asumiría la primera persona y el "me" que sería el mí mismo. Un "material me" que responde a reflejos y tiene conciencia del instante y un "social and spiritual me" autobiográfico, capaz de producir cultura y vivir a través de su narrativa propia la percepción inmediata e histórica de la propia identidad.

Ortega y Gasset, un existencialista a la española, cuya influencia sobre filósofos personalistas de la importancia de Marías, Zubirí y Adela Cortina, entre otros es la de un mentor, en la tercera década del siglo pasado nos dijo que

la persona era capaz de *en sí mismarse* señalando que el “yo” como equivalente del ser, es decir, el “yo sujeto”, es capaz de aislarse de la realidad contingente, redefinirse, auto programarse y regresar a dicha realidad para modificarla y crear campos lúdicos afines a su proyecto vital. Es importante tener en cuenta que la persona humana es algo más que una respuesta a estímulos exteriores, lo que trataremos en el curso de este trabajo.

Puedo tomar diversas dudas y afirmaciones desde la literatura y la filosofía, que son recogidas hoy por las neurociencias, para plantearlas en términos de imagenología y neurofisiología. Como las incógnitas no pueden ser esclarecidas del todo, se apela a la neurofilosofía entre otras ciencias emergentes. Se sacuden las bases milenarias del pensamiento humano. Se perfilan dos bandos opuestos, de un lado transhumanistas en ciernes, y del otro bioconservacionistas contumaces.

Hipócrates y Crick, coinciden con dos milenios de diferencia en plantear lo que la neurociencia ahora trata de evidenciar topográfica y fisiológicamente. El placer, el dolor, la libre voluntad, la identidad personal, la privacidad, la responsabilidad legal y otros rasgos hasta ahora distintivos del ser humano no son más que funciones del cerebro a través de interacciones de neuronas y moléculas asociadas. Se plantea que el libre albedrío es un mito. Trataremos de reflexionar si reconocer la corporeidad, asumirla y desarrollarla a través de la existencia, significa encerrar al pensamiento humano en la jaula del arco reflejo y renunciar a la metáfora.

La neurociencia puede explicar el inconsciente freudiano y el inconsciente colectivo de Jung, durante mucho tiempo vistos con recelo, como una posibilidad real y definir el criterio como manifestación de la variabilidad neuronal pero no puede concretar sus planteos sin apelar a las Humanidades.

Veremos cómo se puede ser neuro dependiente y reducir el mejoramiento humano a psicofármacos, neurocirugía y estimulación del Sistema Nervioso Central. O por otra parte, ser un neuro escéptico y no tener en cuenta los avances en la imagenología y la neurofilosofía, como ser capaces de romper los esquemas tradicionales del pensamiento.

Coincido con Adela Cortina en ser un neuro crítico, aceptar los indiscutibles hallazgos de las neurociencias, pero no convertirlos en un absoluto. Seguir a Aristóteles en cuanto a que la Prudencia se muestra en el justo medio.

Trataré de describir la historia de la neurociencia, de tomar algunos de sus presupuestos y analizarlos desde la Bioética de inspiración personalista, sin pretender hacer otra cosa que iniciar un debate, con el fin de favorecer la deliberación, que no es más que el equilibrio entre las diferencias para poder enfrentar la sacudida intelectual que la llamada ciencia del milenio representa. Volviendo a la Poesía, que a veces es muy lógica, apelo a Benedetti “... pensábamos que teníamos todas las respuestas y nos cambiaron todas las preguntas...”

La ética de la neurociencia y la neurociencia de la ética.

Introducción.

Considerando con Potter, que la Bioética es el puente hacia el futuro, el trayecto correspondiente a la primera década del Siglo XXI corresponde a la Neuro-bio-ética. Y como todo puente su razón de ser, sus límites, su sentido, son sus márgenes a pesar de que nunca sabemos si nos alejamos o nos acercamos lo suficiente desde y hacia uno u otro, pues la proximidad en Bioética no lleva compulsivamente aparejada la lejanía. Pero... ¿la Bioética tal y como la conocemos, sobre todo después que la definimos como Bioética Global, no es capaz de abarcar a la neurociencia como lo hace prácticamente con cualquier rama de la Ciencia y la Sociedad? Pienso, se hace necesario hablar de Neuro-bio-ética.

La Neuro-ética tiene en común con la Bioética que reflexiona sobre cómo la persona recibe y se proyecta hacia la ciencia y la tecnología; en este caso de la repercusión sobre la persona, de los resultados de las investigaciones sobre el Sistema Nervioso. Realizándose una visión holística de los problemas, en la que se destacan los perfiles axiológicos de sus componentes con una metodología que nos recuerda el “pensamiento en suspensión” de Karl Jaspers. Nos resulta necesario hablar de Neuro-bio-ética en particular puesto que no necesariamente cambia el modo de aproximarse a la neurociencia de la forma tradicional de abordar los problemas y dilemas éticos del consentimiento informado, la eutanasia y otros tantos. Sin embargo, dada la interrelación entre cerebro, cuerpo, mente y la interpretación que cada cual puede hacer de ese fenómeno llamado persona humana, respecto a su esencia, existencia y trascendencia, surgen dos visiones entremezcladas y traslapadas hasta que Adina Roskins, en 2002, identifica dos campos, al menos conceptual, si no prácticamente definidos: Ética de la Neurociencia y Neurociencia de la Ética.

La Ética de la Neurociencia aborda los temas, dilemas y problemas éticos que surgen de las posibilidades que la ciencia y la tecnología nos brindan para investigar e intervenir sobre el Sistema Nervioso con drogas psicotrópicas, técnicas neuro-quirúrgicas o neuro-estimulación. La Neurociencia de la Ética en cambio, pudiera interpretarse por algunos como una revolución copernicana, al pretender definir los mecanismos neurales tras procesos como la toma de decisiones, como dichos mecanismos sesgan conceptos como el libre albedrío, la responsabilidad tanto moral como legal y el establecimiento de los juicios morales y de los juicios de valor, los actos humanos que estableció Aristóteles, así como la persona humana y su autonomía, tal como definió Kant, quedan reducidos a interacción entre neuronas a través de receptores, que dada la variabilidad neuronal no podrían tener jamás un carácter estable y trascender a la contingencia del momento. La diferencia es, que la Neuroética, como algunos llaman a la Neurociencia de la Ética, trata de explicar y además, instrumentar las bases de lo que Adela Cortina llama la agenda moral, y desde allí a partir de las emergentes y profusas investigaciones sobre el Cerebro y el Sistema Nervioso, sobre la personei-

dad y la personalidad, como señala la filósofa española, dejar sin trabajo al filósofo y, añadiría yo, a gran parte de los psicólogos, pues la casualidad y el reflejo sináptico serían los únicos responsables de la respuesta humana ante la contingencia, excluyendo la metáfora como rasgo humano. Pero ni todos los autores tienen las mismas posiciones, ni todas las posiciones están netamente definidas. Acerca de esto, expondré los rasgos esenciales de la visión sobre el tema, de dos pensadoras, que considero emblemáticas, y haré mi propuesta de cómo enfrentar esta avalancha de opiniones desde un pensamiento creativo.

Como señala Glannon, cada rama puede desarrollarse por separado y tener sus propios campos de acción independientes, pero lo más intrigante es como cada una puede afectar a la otra.

Hechos relevantes desde el siglo pasado hasta el actual.

No es necesario revisar lo planteado desde la antigüedad clásica, pues el verdadero cambio de mentalidad, producido por el desarrollo de la Bioética, tuvo lugar desde finales del siglo pasado, así como el de los resultados de la investigación en Neurociencias, por tanto comenzaremos desde finales de la primera mitad del siglo XX hasta llegar a la década actual del llamado “Siglo de la Neurociencia”

Wilder Penfield entre los años 30 y 40, en la etapa de la Investigación Científica, que Diego Gracia llama Diseñada, realizó una serie de estímulos durante la neurocirugía, que le permitieron asociar zonas del cerebro y determinadas funciones definiendo la figura del homúnculo que lleva su nombre. Curiosa referencia a la etapa de la Alquimia, que entre otras cosas, buscaba desarrollar una especie de criatura como un hombre de probeta. Dichas experiencias hubieran sido difíciles de realizar si la Bioética hubiese estado desarrollada en esa época. Por otra parte, el resultado del estudio no implicó cuestionamientos filosóficos, ni trascendió la Neurofilosofía.

En 1947 surge la Federation of EEG and Clinical Physiology, que abarca a los electroencefalografistas del mundo, a partir de la reunión de dicha entidad en 1958, se decide incluir en dicha organización a todos los investigadores del cerebro.

En 1961 bajo el auspicio de la UNESCO, se funda la International Brain Research Organization. A fines de la década, en 1969, en EEUU se funda la Society for Neurosciences que se centra en la coordinación y divulgación de la experimentación científica, con poco énfasis en los dilemas e implicaciones éticos y la trascendencia social de la investigación sobre el Sistema Nervioso.

Sin embargo, en 1972, la propia organización crea dos comités: el Committee on Social Responsibility y el Committee on Social Issues, que se encargan de informar a la Sociedad sobre las implicaciones sociales de los estudios neurológicos. Ya el contexto ha cambiado, son públicos los trabajos de Gordon y Childress y el Kennedy Center entre otros, el Consenso de Harvard sobre muerte cerebral y el inicio de la Trasplantología, que obligan a la Neurociencia a insertarse en los aspectos sociales de la investigación científica.

En la próxima década, los estudios sobre pacientes con afecciones neurológicas se incrementan, sobre todo en la esfera cognitiva, se profundiza en la neurotoxicidad por el uso de drogas y en su influencia sobre la conducta; continúan los estudios acerca de la muerte cerebral y sus implicaciones legales, los estados de mínima conciencia, el uso de células fetales en Neurocirugía para el Parkinson, entre otros.

En 1986, la neurofisióloga Patricia Churchland, plantea que es necesario tener en cuenta los hallazgos en Neurociencia para entender la mente humana, lo que en 1991 enfatizará, planteando que es necesario tener en consideración la neurofisiología para establecer, no sólo las bases epistemológicas del saber científico, sino la propia base de la filosofía y propone el término neurofilosofía, seguido de neuroteología, neurodeporte, neuroeconomía entre otros.

En 1989, Ronald E. Crawford une “neuro” y ética en una sola palabra en un artículo donde aboga por la presencia de un neurólogo como asesor ético obligado dentro de los comités de ética institucionales.

En 1997, Jean Pierre Changeux en su libro “El Hombre Neuronal” afirma “...todas las formas de comportamiento movilizan distintos conjuntos de células nerviosas y es, a este nivel, donde las explicaciones definitivas del comportamiento deben ser buscadas...” (..) Le Doux irá más lejos al decir “usted es sus sinapsis”)

El 13 de mayo de 2002, en San Francisco, California, comienza el evento que definirá al siglo XXI como el siglo de la Neuro-bio-ética: NEUROETHICS: MAPPING THE FIELD. 150 pensadores entre neurofisiólogos, neurocirujanos, neurólogos, filósofos, abogados, psicólogos y psiquiatras. Patrocinado por la DANA Foundation, definen el concepto de Neuro-bio-ética como: “El examen de lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo en el tratamiento del cerebro humano, en su perfeccionamiento o en la indeseable invasión del cerebro o en su programada manipulación”. Dicho evento es continuado a través de diferentes agrupaciones, artículos y libros donde se expresan diversas tendencias del pensamiento que se pueden agrupar, según Adela Cortina, en tres tendencias, los neuroreduccionistas: establecen que todo lo humano radica en la neurona y su funcionamiento, los neuroescépticos: niegan toda influencia de los hallazgos en Neurociencias sobre la Ética y la Filosofía, los neurocríticos, que no viven de espaldas a dichos hallazgos, sino que los asumen sin someter su pensamiento y convicciones a través de una manera analítica y crítica que complementa aquellas sin someter pasivamente la Ética, la Filosofía y las Ciencias Sociales a la Neurociencia.

Valoración de un texto de Kathinka Evers y otro de Adela Cortina.

Todo sistema de normas que apunte a establecer cómo actuar de manera adecuada presupone, si debe tener un alcance práctico, que los seres humanos tienen alguna capacidad de controlar voluntariamente su comportamiento o en cierta medida de influirlo. [] En ausencia de tal capacidad, en efecto, no tendría ningún sentido, ni en la

práctica ni tampoco en la teoría, hacer recomendaciones o establecer prescripciones

Comentario Inicial.

A diferencia del debate, la deliberación examina el equilibrio entre las diferencias buscando consenso; aplicando una Ética de Mínimos, negociadora pero con principios bien establecidos. En la discusión sobre la naturaleza de la dignidad de la persona humana, no puede haber duda acerca de la existencia real de un sujeto moral, libre y responsable, poseedor no sólo de conciencia y autoconciencia sino de convicción de conciencia. El sustrato cerebral es necesario pero no suficiente. Asumir una realidad nueva y evidente, no significa abandonarse a un escepticismo que socave las convicciones radicales, mientras que estas sigan siendo evidentes. Las consecuencias de un pensamiento biológicamente determinado, pueden ser el regreso de pensamientos utilitaristas que justifiquen la insolidaridad, enunciados desde élites tecnocráticas, globalizadoras y neoliberalistas.

Las Neurociencias necesitan de un marco ético que regule la investigación, la conducta de los investigadores frente a las consecuencias de los resultados, que prevenga de conflictos de intereses, la neurotoxicidad de drogas, el doble efecto.

Un programa de instrumentación sobre el cerebro mediante estímulos, cirugía, chips y otros medios disponibles en la actualidad, perfectamente descritos en varios reportes, puede mejorar las posibilidades cognitivas de la persona, insertar patrones de conducta adecuados y restringir los considerados nocivos, corregir vicios y adicciones, pero no puede escapar a una valoración moral, a un cuestionamiento sobre los efectos de la identidad personal, la condición humana; el Mundo Feliz de Huxley imponiéndose al Principio de Responsabilidad de Hans Jonas. El riesgo de asumir hechos naturales como base de juicios y consideraciones morales sin pasar por el tamiz de la dignidad de la persona humana y su individualidad, puede llevar a planteamientos, como el de Gazzaniga, que plantea un orden social y filosófico homogéneo no conflictivo, basado en el armónico funcionamiento sincrónico de todos los sistemas nerviosos del Universo.

La Biología Neuronal al eliminar el libre albedrío hace innecesaria la norma pues tanto el comportamiento adecuado como el patológico serían programables. Conste que no acudo a la reducción, al absurdo, sino me refiero a instrumentaciones técnicamente posibles, pero no por necesidad moralmente justificadas.

Hasta el presente, las ciencias sociales, la historia, la ética, trataban de precisar el lugar de la persona humana dentro de su circunstancia, sus acciones, juicios y sus responsabilidades, la identificación y aprehensión de valores por parte de un sujeto moral capaz de tomar una decisión a partir de un grado de libertad y responsabilidad en base a su identidad y mismidad. Ahora, se abre paso una interpretación sesgada de la neurofisiología que cuestiona la validez de que dicho sujeto sea capaz de establecer decisiones y trazar una conducta en base a un libre albedrío,

cuestionando su propia condición de sujeto moral al hacer dependiente su conducta de causalidades, casualidades y neurotransmisores, aceptando cuando más, una cierta variabilidad neuronal. Aceptar la corporeidad de la persona, principio básico del personalismo, no implica reducir persona, personidad y personalidad a la neurofisiología. A diferencia de otros autores K.Evers no considera el libre albedrío como una ilusión. Plantea como Changeux y otros autores del llamado *Materialismo Ilustrado* que el Cerebro es “un órgano plástico, proyectivo y narrativo que resulta de una simbiosis socio cultural biológica aparecida en el curso de la evolución”. No habría gran contradicción con el concepto de Hominización tal como lo plantea por ejemplo Teilhard de Chardin salvo por el “inicio inconsciente del libre albedrío”. En este punto, Evers se distancia de otros autores al plantear una interrelación entre consciente e inconsciente, con mutua influencia sin unilateralidad. Como vemos, se mezclan conceptos neurofisiológicos con conceptos socioculturales, lo cual está de acuerdo con un pensamiento amplio y en “suspensión” como lo establece Karl Jaspers pero no se puede obviar el riesgo de caer en la “falacia naturalista” de Moore.

Señalo esto, debido a que condicionar, modular o mediatizar conceptos como la solidaridad, la vocación de servicio u otros, establecer una normativa de la conducta moral “neurofundamentada” en base a una evolución por determinante que fuese, que entronizara cuatro tendencias innatas ligadas estrechamente que surgieron en el curso de la evolución es potencialmente confuso y peligroso en el mundo moderno basado en competitividad y consumo. Estas cuatro tendencias son:

- 1.- El interés por uno mismo
- 2.-El deseo de control y seguridad
- 3.-La disociación de aquello que puede ser desagradable o amenazador
- 4.-La empatía selectiva (la autora considera al ser humano como un xenófobo natural)

Independiente de rasgos implícitos en la persona, por la evolución y la biología, el considerar que la sociedad es producto del desarrollo del sistema nervioso y que la conducta moral es tributaria de la causalidad, lleva a un neurodeterminismo que puede justificar políticas sociales excluyentes y reduccionistas. Sólo siguiendo los postulados holísticos y pluralistas de la Bioética y una sana antropología filosófica se pueden incorporar los hallazgos evidentes de las Neurociencias sin quebrantar la esencia de la persona humana como punto más desarrollado de la Evolución, aún cuando no se acepte la noción de Trascendencia en ninguno de sus significados.

Hay un nexo entre la Dra. Evers y Zubiri, a pesar de las diferencias de época y escuela. El filósofo español acuñó el concepto de “materia sentiente” para expresar la característica de la autoconciencia como rasgo de la persona. El título del libro de Evers se auto explica: “*Cuando la Materia se Despierta*”, destacando la respuesta a sensaciones y emociones como el detonante de la conciencia y la autoconciencia y el inicio del desarrollo creciente del Sistema

Nervioso. Damasio en su libro “*Cómo el Cerebro hizo al Hombre*”, destaca el papel de las sensaciones y emociones en el desarrollo del Cerebro, tal y cómo lo conocemos, diferenciando ambos conceptos.

La coincidencia de pensadores disímiles, nos obliga a no prejuzgar, sino a tratar de abordar el tema con mentalidad creativa, estableciendo campos de relación entre los conceptos, evitando el pensamiento reduccionista pero sin cambiar nuestra identidad a cada paso.

A la Dra. Kathinka Evers la conocimos durante el curso Diplomado en Bioética del ISCM de la Habana, en el cual brindó varias conferencias, entre ellas, dos sobre Medicina Gerenciada, muy ilustrativas, señalando diferencias entre países y estableciendo claramente sus limitaciones y sus contradicciones éticas. Es una pensadora ágil y su libro “*Cuando la Materia se Despierta*”, llamó poderosamente nuestra atención durante la preparación de una conferencia sobre Neurociencias. El mismo título nos hizo recordar al concepto de “*materia sentiente*” enunciado hace décadas por Zubiri. El libro es un fiel exponente de la Neurociencia de la Ética, al valorar el efecto de las ciencias, sobre la formación de juicios morales y por ende de la legitimidad de establecer normas morales y cuestionar no sólo las preguntas que se ha hecho el intelecto humano durante las diversas etapas del pensamiento, sino la propia capacidad de la persona para establecer juicios, desarrollar una identidad como algo no absolutamente dependiente de la neurofisiología y establecer en plena libertad el libre albedrío –No obstante sus conclusiones no están de acuerdo con una visión de la persona que albergue dos rasgos, que considero imprescindibles por su valor moral y humano, la solidaridad y la vocación de servicio–.

“*Por tanto, considero que la Neuroética, como neurociencia de la ética, debería ser una tarea conjunta de éticos y neurocientíficos, en la que se implicarían también psicólogos, economistas experimentales, antropólogos y biólogos evolucionistas, prolongando con ello esa historia de interdisciplinariedad que es la de la sabiduría humana*”.
Adela Cortina

Como otra valoración, traigo a una filósofa como Adela Cortina, para ilustrar otra aproximación a las Neurociencias. Ella se agrupa entre los “neurocríticos”. Plantea que la Ciencia no se puede valorar fuera de un marco ético filosófico. Considerar y aceptar la necesidad de dicho marco, no implica que no sea modificable, pero siempre desde la ética y la antropología filosófica, al incorporar los incuestionables hallazgos de las Neurociencias. Brinda tres razones para justificar dicho marco:

1.- No se puede implementar una conducta moral, descubrir sus bases y organizar las investigaciones necesarias para descubrirlas, si carecemos de un concepto de *moral*.

2.-Es necesario una base ética, una fundamentación ético moral, para poder interpretar estos hallazgos según se producen. Sin esto no podríamos establecer un significado, aquí añadido que para Aristóteles los actos humanos se definen por tener un significado.

3.- La Neurociencia, no debe limitarse a establecer las bases de la conducta moral, sino debe preguntarse por la fundamentación de la obligación moral.

Adela Cortina plantea la reciprocidad, que la evolución biológica no determina estrictamente la social y cultural, que la reciprocidad indirecta y la solidaridad son válidas, que la Ética del Discurso muestra que nuestra conducta está determinada en mayor proporción por el desarrollo sociocultural y el establecimiento de una fundamentación moral, que por la genética, que independientemente de mecanismos adaptativos, la tendencia humana es a reciprocitar y cooperar.

La tarea de integrar los conocimientos científicos al esquema personal y social del ser humano del presente siglo, llamado con razón el siglo de la Neurociencia, es obra de científicos y filósofos y la ciencia llamada a acoger este razonamiento es la Bioética, no entendida como el análisis del alcance moral de técnicas de investigación, drogas neurotrópicas y cirugías, que afecten la conducta e identidad de la persona, sino profundizar también en la fundamentación de la moral, de la obligación moral, del juicio moral, considerando lo que es necesario, pero no suficiente.

Estos dos referentes ayudarán al lector a tener una idea de los tópicos tratados en Neurociencias y cómo son abordados. La Bioética Global tal como la definieron Potter y Gracia en la década del ochenta del pasado siglo, unida a la ética discursiva, es la plataforma imprescindible para el debate y la deliberación que se aproximan. Una mejor comprensión de la persona humana, sus esencias y sus posibilidades de mejoramiento.

Triángulo hermenéutico-conativo: una manera de acercarse a la neuroética.

Ante la avalancha de información, la influencia de hábiles comunicadores y el temor siempre presente a no saber interpretar los avances de la Ciencia, en este caso la Neurociencia, así como quedarse rezagado ante el desarrollo de la persona, o dejarse llevar pasivamente por las tendencias en boga en el momento, el lector promedio oscila en dos posiciones que se evidencian en lo que Adela Cortina llama Neurodependientes y Neurocríticos y que yo ampliaría a transhumanistas y bioconservacionistas inmutables.

El hecho indudable, que determinadas zonas del sistema nervioso, estén implicadas en determinados sentimientos, respuestas, emociones y hasta acciones y que puedan estar relacionadas con la personalidad, la identidad personal, la personabilidad, no determina que esta base neurofisiológica evidente en la Resonancia Magnética Funcional, sea toda la persona. La relación más precisa es la relación mente-cuerpo, incluyendo el cerebro y su relación estrecha e insoslayable con el resto de los sistemas. Un todo, inserto dentro de otro todo, como señala en un sentido diferente, pero aplicable, Jacques Maritain.

Aceptar que hay zonas del cerebro que, como el sistema límbico, pueden funcionar de forma no perceptible y procesar información, que por autoprotección no debe ser percibida, no excluye la interrelación con la persona cons-

ciente. Aceptar el inconsciente, no implica aceptar mecánicamente una tercera persona coexistente con el “yo” en primera persona. No hay contradicción para la condición de la persona, como una categoría filosófica que no puede ser delimitada sólo por el sistema nervioso y su fisiología. Hablando desde el punto de vista antropológico, pudiendo aceptarse sin contradicción por diversas posiciones sin obligaciones confesionales.

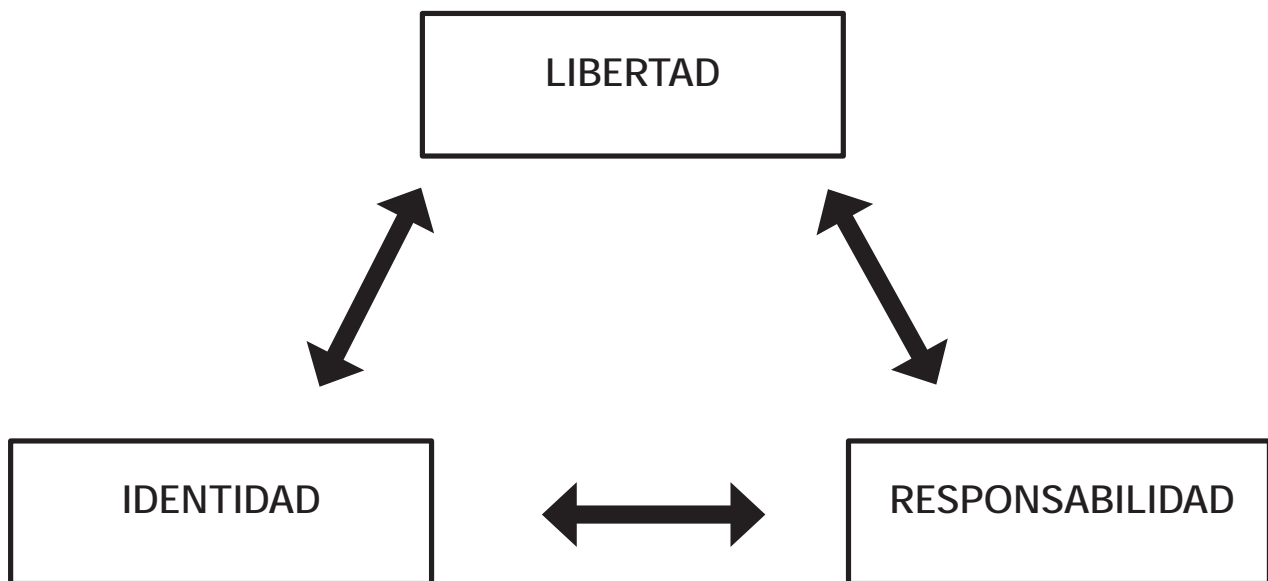
Para conocer la realidad y actuar sobre ella, la persona humana necesita establecer juicios morales que le indicarán, si la acción es desde el punto de vista ético adecuada o no adecuada. No creo que existan acciones éticamente neutras, pero puede haber acciones permisibles en determinadas circunstancias si no perjudican la condición humana. Sin una escala de valores adecuada es imposible abordar la posibilidad de influir sobre la conducta, la identidad, la facultad de decidir la personalidad, es aceptable, permisible o rechazable. Para establecer este juicio el abordaje a la realidad no debe ser reduccionista ni condicionado, debe ser relacional y creativo. Toda decisión debe tomarse en libertad, sin coacción interna o externa, con responsabilidad por las consecuencias de nuestros actos, y desde nuestra identidad, pues si estamos convencidos de ella debemos mantenerla ante la avalancha de tendencias, lo cual no niega que esté en constante evolución e insertada en la realidad, pero al ser radical en el sentido de raíz no es voluble.

Siempre me auxilio de dos filósofos y un poeta para tratar de entender la libertad. Si interpretamos desde la realidad, con un pensamiento en “suspensión” como recomienda Karl Jaspers, la definición de Kant de que “... la libertad es el movimiento de la voluntad, hacia un fin debido que la razón le presenta”, es aplicable y funcional. Si consideramos los límites y posibilidades de nuestra corporeidad y nuestro anclaje en el Espacio-Tiempo, no hay

contradicción en aceptar que “...la libertad es la conciencia de la necesidad” según Hegel. Goethe por otra parte nos alerta “que no hay nadie más desesperanzadoramente esclavo que aquél que se cree enteramente libre”. Asumiendo la libertad como la posibilidad y el derecho de interpretar la realidad con responsabilidad, desde nuestra identidad, podemos acercarnos al mundo de la Neuro-bio-ética y tratar de responder a preguntas que nunca hemos dejado de formularnos.

Lecturas referenciales.

1. Glannon W. Bioethics and the brain. New York: Oxford University Press; 2011.
 2. Glannon W. Brain, body and mind. New York: Oxford University Press; 2011.
 3. Cortina A. Ética del discurso: ¿Un marco filosófico para la Neuroética? ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política. N.º 48, enero-junio, 2013, 127-148.
- Evers K. Cuando la materia se despierta. 1ª ed. España: Katz Editores; 2011. Serie Conocimiento.





CENTRO DE BIOÉTICA JUAN PABLO II

Mayía Rodríguez # 804 esquina a Espadero,
Municipio 10 de Octubre,
Ciudad de La Habana.C.P. 10500

Teléfono: 648-7463 Telefax: 648-7462

E mail: centro@cbioetica.org

- Escuela de Pensamiento y Creatividad
- Cursos de verano

FORMACIÓN

- Diplomado en Bioética
- Diplomado en Ética del Cuidar
- Maestría en Bioética en coordinación (con la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir)

ESTUDIOS

- Servicios de referencia
- Diseminación selectiva de la información

BIBLIOTECA



www.cbioetica.org

siguenos en:
Facebook
twitter

